

de Nuestra Señora del Rosario, en sesión del 9 de los corrientes, así:

Para la cátedra de segundo curso de castellano, por renuncia del señor doctor don Rafael Caycedo Ricaurte, al señor doctor Francisco Barbosa.

Para la cátedra de pruebas judiciales, vacante por renuncia del señor doctor don José Antonio Montalvo, al señor doctor Alberto Goenaga.

Para la cátedra de economía política, vacante por muerte del señor doctor don Justiniano Cañón, al señor doctor Pomponio de Guzmán.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 20 de febrero de 1924.

PEDRO NEL OSPINA

El Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas,

JUAN N. CORPAS

MATHIOTE

La víspera de esa nochebuena, Mathiote se encaminó cuando hubo oscurecido, sin dejar su tiznada ropa de deshollinador, a la casa del conde Plassis Morambert. La expectativa de una chimenea que limpiar, le había traído allí en otra noche de navidad, a tiempo que el conde Morambert estaba arreglando sobre el hogar una enorme pirámide de juguetes y de dulces, que debía encontrar en ese sitio a la mañana siguiente su hijo Santiago; Mathiote era de una misma edad que el hijo del conde, quien al fijarse en la mirada no de envidia, sino de admiración lanzada a todas esas bellas chucherías por el deshollinadorcito, y seducido por el aire de inteligencia y honradez del joven obrero, había conversado

un momento con él, le había dado una moneda de oro y además le hizo servir de comer en la cocina. Lo tierno de este obsequio que se le había hecho tres años antes, traía allí desde entonces al deshollinadorcito a recibir el luis de aguinaídos y la buena merienda, de manera que preciso era reconocerlo, no sólo le llevaba el agradecimiento, sino la glotonería y el interés.

Pues bien, esa noche que era 24 de diciembre de 1793, no fue escaso su desconsuelo al encontrar cerrada la casa: por las ventanas no se veía brillar luz alguna, y varias veces dejó caer el golpeador de la puerta sin lograr respuesta. Ya iba a retirarse muy descorazonado, cuando en la esquina de la calle distinguió en medio de la profunda oscuridad de la noche las dos siluetas de un niño y de un hombre que iban caminando a largos pasos en dirección de la casa. Mathiote reconoció a Santiago de Morambert y corrió a alcanzarlo.

—Eres tú, buen muchacho?—dijo el joven noble embargado por la emoción. . . . Ven, ven pronto, entremos. Cuando estuvieron en la casa, Santiago se deshizo en llanto.

—Hace ocho días, dijo, que prendieron a mi padre: el comité revolucionario de la sección lo denunció . . . y antes de que termine el año. . . . mi buen Mathiote, mi padre está perdido.

Y el muchacho continuó sollozando. Mathiote, cuya existencia en nada había cambiado el terror, supo consternado que el conde estaba acusado de «incivismo», crimen terrible en esa época, y que le esperaba el cadalso. Ocho días hacía que Santiago iba a rondar por la noche cerca de la prisión: le habían negado el consuelo de hablar con su padre, pero al menos veía al través de los barrotes de una ventanilla que daba a la calle, al conde que le enviaba besos; el niño permanecía allí hasta que entraba la noche, hora en que la prisión se iluminaba. . . .

Venía, pues, de llevar a cabo esta dolorosa peregrinación en el momento en que se encontró con Mathiote.

—No se desconsuele, don Santiago, dijo el deshollinadorcito, consternado por lo que acababa de saber: no es posible que esas gentes perversas den muerte al señor conde, que es tan bueno y tan caritativo....

—Ay! eso mismo lo perderá....

—Tenga valor y déjeme obrar a mí.

—Qué podrás hacer tú?.... Cualquier intentona no haría más que apresurar la condena.

Y Santiago empezó de nuevo a llorar. Mathiote lo consoló lo mejor que pudo, y estuvieron juntos los dos niños cerca de una hora. Cuando el deshollinador abandonó la casa, había cerrado por completo la noche; alegremente, casi regocijado, tomó éste el camino para el centro de París.

El conde de Plessis Morambert había sido trasladado a la prisión de la Abadía.... En las primeras horas de su cautividad, embargado por esa sobreexcitación rabiosa que se apodera de todos los detenidos, giraba en torno de su calabozo como una fiera en su jaula, explorando los menores rincones de su reducto, sacudiendo los barrotes de la ventana, tratando de desvenecijar la puerta, esforzándose por descubrir un medio de evasión. La solidez de la verja que obstruía la ventana, el espesor de los muros, la enorme dimensión de la cerradura sostenida por fuertes tornillos, pronto disiparon sus ilusiones. A este inevitable enloquecimiento, a la inactividad forzada, tenían que suceder largas horas de postración; una especie de tranquila resignación se apoderó al fin de él, y esa noche, a la luz incierta de una linterna que había encendido su carcelero, sentado en el único asiento de paja que amueblaba la prisión, con la frente en las manos, los ojos fijos en el hogar vacío,

meditó melancólicamente.... Su pensamiento fue a parar a la casa donde sabía era amado; vio a su Santiaguito llorando a lágrima viva, sólo en la mansión desierta, juntando las manos para pedirle a Dios auxilio. Y se acordó de las noches de otro tiempo en una fecha igual, en las que el niño ponía antes de dormirse, sus zapatitos sobre la chimenea, con la esperanza de una visita del Niño Jesús, visita que nunca faltaba.

—Qué pensará Santiago cuando al despertarse comprenda que el Niño Jesús lo ha olvidado? Y al pensamiento de esta decepción inevitable, el conde de Morambert fijaba los ojos arrasados en llanto en el hogar sin fuego, enternecido por el recuerdo de esas noches felices, en las que sin hacer ruido, se deslizaba al cuarto de su dormido hijo y colocaba sobre la chimenea los juguetes encintados, los valientes soldados de madera acostados en su caja de madera de abeto blanco, las naranjas doradas, las frutas heladas, cuyo prodigioso arreglo arrancaba al niño en medio de su sueño, exclamaciones de felicidad. Entre tanto que se dejaba llevar por sus tristes recuerdos, se oyó un ruido estridente en la chimenea: una lluvia abundante de escombros y de hollín cayó sobre el hogar de piedra, seguida casi inmediatamente de un voluminoso paquete bien atado, que cayó pesadamente y rodó hasta en medio del calabozo. Extremadamente sorprendido de esta anormal aventura, el conde se levantó, y al pasear la vista de la chimenea al misterioso paquete, vio de repente dos pies que se balanceaban sobre el hogar; en seguida esos pies tocaron el suelo, una forma se diseñó allí, la que haciendo un esfuerzo, saltó de la chimenea, a tiempo que una voz pronunciaba estas palabras:

—Nada tema, señor conde.... soy yo.... Mathiote.

En efecto, era Mathiote, quien de pie ante el prisionero, con el rostro y los vestidos negros por el ho-

llín, sonreía mostrando sus blancos dientes. Sus ojos en esa faz tinta, parecían claros y brillaban con extraño fulgor.

—¿Mathiote?, dijo el gentil hombre procurando re-concentrar sus recuerdos.

—Yo no me he olvidado de usted y vengo de su casa. El señor Santiago está bueno; cáspita! por supuesto que nada alegre, pero de él hablaremos más tarde.... Vengo a buscar a usted.

—¡A buscarme!....

—Sí, pero no perdamos tiempo ... y hable bajito. Traigo todo lo que necesitamos: en primer lugar, aquí hay ropa para usted.

Y el deshollinadorcito desató febrilmente el paquete de harapos que le había precedido.

—Los he tomado en casa de mi patrón: aquí tiene un rollo de luisas que el señor Santiago me dio: me dijo que eran dos mil francos; de algo pueden servir, pero es preciso ocultarlos. Dentro de un cuarto de hora estaremos fuera....

—Pero por dónde salir, hijito? No querrás que yo siga el camino que tú has traído. Además, a dónde nos llevaría? a los tejados.... Cómo lograste encontrar el camino de mi calabozo?

—El señor Santiago me había dicho: la última ventana en la esquina de santa Margarita: yo me fijé bien, y como estoy algo habituado a estas correrías, la cosa fue fácil.... Pero, señor conde, no le contestaré más: ya hablaremos de todo en la calle. Manos a la obra; vístase usted.

Mathiote había ido a la puerta del calabozo y examinaba la cerradura: sacó de la faltriquera un destornillador y se puso a desprender el enorme herraje, trabajando con una precisión sobremanera hábil. El preso le miraba maniobrar embelesado. Encontrábase en una de

esas situaciones de espíritu en que el alma enervada y sin esperanzas, se confiesa subyugada y sumisa. A un gesto imperativo de Mathiote, obedeció maquinalmente, se quitó la levita y sobre su ropa empezó a ponerse el pantalón manchado de hollín y la chaqueta manchada de aceite y negra que el chico le había traído. A otra señal, se quitó la peluca y se acercó a la chimenea en donde se tiznó prontamente el rostro y las manos; tenía el aspecto de un completo deshollinador cuando volvió a mirar a Mathiote, quien con aire de triunfo y sin chistar palabra, le enseñó la cerradura, que al fin había desprendido.

El niño aprobó con un gesto la transformación del gentil hombre, y luégo acercándose, le dijo en voz baja:

—Está usted salvado: ahora tome el dinero y escondalo; me he reservado un luis, del cual tendré que servirme. Usted bajará la escalera detrás de mí. Cuando yo me acerque al centinela, siga su camino sin detenerse.... salga a la calle sin mirar atrás y tuerza a la izquierda sin vacilar. Queda convenido?

El conde le contestó con un apretón de manos. Mathiote abrió la puerta e inspeccionó el pasadizo: estaba desierto: Sin precipitación dejó el paso libre al preso, salió con él, franquearon la puerta, atravesaron el corredor y bajaron la escalera.

En el vestíbulo de la prisión el carcelero que desde hacía menos de media hora estaba de relevo, dormía en un camarachón de vidrios, calentado por una chimenea de barro y mal alumbrado por una linterna colocada sobre la mesa. El conde, guiado por el niño, se mantuvo en la oscuridad, en donde su negra silueta desaparecía por completo, en tanto que Mathiote atrevidamente golpeaba en los vidrios y despertaba al guardián.

—Cordón.... ciudadano!

El carcelero abrió los ojos, dirigió la luz de su linterna sobre el que lo llamaba, y no viendo sino al niño cargado de cuerdas, ganchos y escobas, accesorios indispensables, se tranquilizó y tiró el cordón. La puerta se abrió y el conde puso el pie en el umbral, mas no pudo dejar de retroceder al ver que el centinela al sentir el ruido de la puerta había vuelto la cara . . . pero Mathiote todo lo tenía previsto.

—Excuse usted, señor militar, díjole cuando la puerta se hubo abierto ante él; querría usted indicarme dónde está el jefe de guardia?

—¿El jefe de guardia? Para qué lo quieres? Qué haces ahí . . . quién es ese hombre que sale? No se puede pasar.

—Yo querría entregar a su jefe una moneda de oro que encontré allá arriba en un cuarto vacío, barriendo las cenizas de la chimenea . . . aquí está . . . no sé qué hacer con ella . . .

Y el niño enseñaba al soldado un luis nuevo, que brillaba en la punta de sus negros dedos.

El descamisado a quien Mathiote había lisonjeado llamándolo «militar,» examinó la moneda y se la embolsicó; el luis de esa época valía doscientos francos en asignados, así es que más sosegado, dijo entre dientes:

—Es buena; yo mismo se la entregaré al jefe, pues no vale la pena despertarlo por tan poca cosa.

—Gracias ciudadano.

—De nada, negrito.

Y Mathiote corriendo, alcanzó al conde de Morambert, quien durante este coloquio, había salido a la calle y se alejaba a grandes zancadas por la de Bucí.

El valiente muchacho tenía su plan: no ignoraba que era imposible ocultar al conde en París, pues las visitas domiciliarias hacían ilusoria toda tentativa para

despistar la policía; por otra parte, en dónde encontrar en esa época de terror, un sér suficientemente heroico o insensato que ofreciera, aunque sólo fuese por una noche, hospitalidad a un prisionero evadido, cuya fuga desde el día siguiente sería conocida de todos los agentes del comité de seguridad general?

Mathiote había, pues, resuelto salir de Francia en vía para la Saboya: allí al menos conocía una casa, la de sus padres, en donde su noble protegido podía permanecer sin riesgo alguno hasta que pasase la tormenta revolucionaria. En diez días podían llegar a la frontera, y dos saboyanos que regresan a su tierra con su traje nacional de deshollinadores, tenían grandes probabilidades de no despertar en el camino sospecha alguna.

Para colmo de precaución, envolvió con un vendaje de trapo la cabeza del gentilhomme, como si tuviese alguna herida que necesitase curación, pero que sólo tenía por objeto explicar el mutismo absoluto que debía observar el conde apenas se encontrase en presencia de otra persona. Mathiote se encargó de contestar a todas las preguntas y de desalentar todas las curiosidades.

Por otra parte, no despertaron ninguna: al cabo del segundo día de marcha, el conde de Morambert que no tenía costumbre de caminar, privado de todas las comodidades a que estaba habituado, comiendo tocino en las fondas, bebiendo el agua de las fuentes, durmiendo en las granjas sobre paja, no tenía necesidad de hacere violencia y representaba al natural el personaje de un obrero fatigado, enfermo, herido, que iba arrastrándose a duras penas para llegar a su tierra. Nadie hubiera podido sospechar engaño en este hombre enflaquecido y sucio, que no hablaba, pero que en cambio su joven compañero hablaba con sin igual desparpajo la jerga saboyana.

El conde por otra parte, admiraba el ingenio y la fortaleza de alma de este muchacho que le había salvado. Hasta entonces no había podido apreciar las robustas virtudes de los campesinos; y para decirlo todo de una vez, a fe de gentilhomme, no creía en ellas; y era para él motivo de nuevo asombro, la abnegación, el desinterés absoluto de ese pobre deshollinador, que arriesgaba la vida por el recuerdo de una miserable sopa y un luis de aguinaldos; todo el día durante las largas marchas, el conde rumiaba para sus adentros esta frase célebre: *a dónde diablos va a anidarse la virtud?* y su orgullo de aristócrata no sufría que le dieran lecciones, al menos la idea que se había formado de la aspereza de los *villanos*, vacilaba bastante en su mente.

Doce días después de su salida de París, los fugitivos llegaron al fin a la última aldea francesa: Mathiote, frescote, animoso y sin dar muestras de desaliento; el conde, fatigado, cojo y caminando a duras penas. Detuviéronse después de una noche de marcha en una posada, en donde se hicieron servir pan y mantequilla, y el fondista le preguntó a Mathiote:

—Es tu padre? díjole designando al conde.

--Es hermano de mi patrón.

—Está enfermo?

—Se hirió a consecuencia de la caída de un tejado.

Lo acompaño a su tierra.

—Tienes pasaporte?

—Qué?... .

—No pasarán la frontera sin esos papeles; el puente está vigilado por los patriotas: ayer no más detuvieron a dos emigrados que se disfrazaron de vendedores de queso.

Mathiote se puso pálido bajo la capa de hollín que

le cubría el rostro: no había previsto este desenlace. No obstante, se hizo el desentendido.

—Yo nada sé de eso, contestó con sencillez; sin embargo, quisiera pasar, pues ya deberíamos haber llegado: el viejo va casi en rastra, agregó en tono confidencial.

—Para pasar hay que llevar los papeles, replicó el hombre.

Y se entregó a sus quehaceres.

Una hora más tarde, los fugitivos sentados sobre el tronco de un árbol a la orilla del camino, se ingeniaban sin conseguirlo, en encontrar el medio de franquear el último obstáculo que los separaba de la salvación. Ante ellos el camino descendía en línea recta hasta la orilla de un arroyo que se atravesaba por un puente. Al otro lado de ese puente quedaba la tierra extranjera: solamente los separaban quinientas toesas, y hasta alcanzaban a ver el poste pintado con los colores de la Saboya, que marcaba la frontera. Pero a algunos metros acá del arroyo, veían ante la oficina de la aduna, unos diez patriotas bien armados, que tenían el encargo de vigilar el paso.

—Escúcheme usted, señor conde, decía Mathiote, va usted a hacer un último esfuerzo; nos echaremos al través del campo, pasaremos el arroyo sobre el hielo, y....

—Eso es imposible mi buen Mathiote; apenas puedo dar paso, y no resistiría poner los pies sobre el hielo.

—Entonces tratemos de llegar al poste: mientras que yo llamo la atención de los soldados, usted reunirá sus fuerzas y corriendo hasta el puente....

—Correr!... dijo lastimosamente el conde enseñando sus piernas adoloridas. Por otra parte, las balas de los fusiles darán cuenta de mi persona.

—Ellos tirarán, no lo niego; pero pueden errar ...

—Y si te cogen preso, y pagas con la vida tu desinterés... No, no lo consentiré, hijo mío.

—Qué hacer entonces? dijo Mathiote entristecido.

—Creo que todo ha concluído; que hemos perdido la partida en el puerto: abandóname en este sitio y llega a la frontera al través de los campos... yo no me entregaré sino cuando te vea en seguridad.

Mathiote se rascó la cabeza, y después de unos momentos de reflexión, agregó:

—Tenemos una última probabilidad, señor conde: vamos adelantando tranquilamente por el camino hasta el sitio que vigilan los soldados. Si nos piden nuestros papeles, usted continuará andando tan aprisa como pueda, en tanto que yo desabotonaré lentamente mi chaqueta y haré como que busco nuestro pasaporte en mis bolsillos; usted habrá adelantado algunas toesas... y después, cáspita! a la buena de Dios!... sólo que... el muchacho se quedó vacilante.

—Qué quieres decir?

—Sólo que... como no estamos seguros de escapar, es inútil que usted guarde el rollo de luises; si lo esculcaran, una suma como ésa en oro lo comprometería irremediabilmente.

El conde hizo con la cabeza un signo de aquiescencia: las últimas palabras de Mathiote le revelaban la realidad: en verdad era ridículo haber podido pensar que un hijo del pueblo le sirviera a él, gentilhomme, por pura abnegación.

Era la primera vez que se dejaba engañar por el simulacro del desinterés de un obrero; pero la experiencia era concluyente: el joven saboyano no tenía más que una idea, la de apropiarse de esa suma que para él era una fortuna, y, así se hacía pagar sus servicios. El conde sacó el dinero de su bolsillo y con una mueca de desprecio lo puso en manos de su com-

pañero; luégo, pasándose la mano por la frente como para desechar amargos pensamientos que su decepción le inspiraban, se levantó penosamente.

—Voy a entregarme, dijo; trata de escapar, si puedes: tenías razón, cada cual tira para su lado.

—Yo no lo abandonaré, contestó Mathiote, a la vez que lo seguía regocijado con la vista.

Unos minutos después, los fugitivos se encontraban delante de la oficina: los soldados sin mostrar desconfianza en atención al traje característico de los viajeros, los dejaron pasar, no sin cierta sonrisa socarrona; pero apenas habían dado algunos pasos hacia el puente, el oficial entró en sospechas y llamó a sus hombres.

—Hola! hola!, dijo, ahí van dos hombres que violan la consigna... ¡Alto muchacho!

Mathiote hizo como que no oía... se habían ganado algunas toesas.

—Te detendrás, pilluelo?

—Mathiote volvió atrás, y, con aire de asombro, se acercó a la oficina, en tanto que el conde reuniendo sus fuerzas, se apresuró hacia la frontera.

—Para qué me necesita usted, ciudadano? preguntó el muchacho con ingenuidad.

—Tu pasaporte... Y tu compañero que va allá... está sordo?

—Está herido.

—Que se detenga, o haremos fuego.

—Cuidado, no tiren... Mi pasaporte? voy a darle mi pasaporte. Y, mirando con el rabillo del ojo al conde de Morambert que iba ya a algunos metros del puente, Mathiote metió la mano en todos los bolsillos, volvió la gorra y vació su saco. No pasó inadvertida esta maniobra al oficial, quien adivinando el subterfugio, llamó a sus hombres con un formidable juramento.

—Fuego!, no ven que el que está aquí adelante

me está jugando una partida?... Que no se escape aquel hombre... Fuego!, fuego!

Todos los fusiles se tendieron. Mathiote dando un salto, se puso delante de ellos ...los soldados vacilaron en fusilar a boca de jarro a ese niño desarmado.

—Fuego!, repitió el oficial; hagan fuego o se nos escapan.

Pero en ese momento, Mathiote, tomando una manotada de monedas de oro de las que tenía en el bolsillo, las tiró al suelo a los pies de los soldados como folios de bautizo, cuando ya iban a hacer la descarga.

En un instante, todo se convirtió en la más indescriptible confusión: al ver el oro rodando por el camino, se precipitaron a recogerlo, y tirando las armas, se volvieron locos, revolcándose, empujándose y disputándose tan inesperado botín.

Mathiote no se esperó a la parte épica de esta escena; ya se había reunido con el conde al otro lado del puente, *fuera de Francia!*

Y en tanto que los soldados continuaban luchando y disputándose una última moneda, el muchacho levantando la gorra, gritó en su jerga de saboyano:

—Viva la libertad!

Y fue a juntarse con su compañero, el cual fatigado, llorando de alegría, de cansancio y de gratitud, había caído al pie del poste, que ostentaba los tres colores de Saboya.

G. LENOTRE

(Traducción de Carlos Suárez Murillo, para *El Nuevo Tiempo*).

